

FRAGMENTO: LA NOVELA BY JAVI PADILLA



LA CANOA ESTÁ VARADA SOBRE LOS ARENALES, ENVUELTA por otras muchas ocurrencias del atlas: dunas, taludes, el peñón trasnochado, junqueras y roquedales y altiplanos, incluso, un pasadizo bordeado por floraciones anárquicas a las temporadas, destilan un néctar irresistible que encela a los lepidópteros de enormes alas translúcidas y trompas arrolladas en espiral, para atraerlos hasta los manglares complicados por las charcas ilusorias y los bramaderos donde habita una criatura equívoca, casi pantera, bella, casi humana, salvaje. Apresa jíbaros, kiowas, guatemaltecos; obsesiona camiluchos y hondureños, embriaga a los pehuenches con un lánguido o leve cántico, similar al sonido cambiante con que las sirénidas amenizan el halo de su propia leyenda.

Nahui, zanja la ideación mitica y conecta con la inmediatez. Está rodeado por un aire frondoso de amarantos y azaleas cuyas raíces han crecido hacia lo alto y olvidaron el vínculo con la tierra. Por evolución, enredan a los extraños mediante una tolvanera frenética de corolas, campánulas y bulbos, brácteas y tallos, pétalos y capilares que levitan o se arremolinan alrededor del intruso. Necesita abrir una trocha a manotazos para poder progresar, tiene la respiración sofocada por el polen y el agobio del desamparo.

En un porvenir encriptado en los vuelos del cernícalo, el botánico Héctor Weberbauer y la agróloga Raquel Wallace, elaboran un herbario para el Museo de Historia Natural, anexan un dossier académico e innumerables notas de campo, que ahorran el esfuerzo de imaginar la textura y el olor correspondientes a cada una de las muestras ordenadas en categorías de cáscaras, semillas y hongos y unas flores desconyuntadas y estrambóticas. Por ende, la lente científica hace verosímil el suceso del jardín flotante que desplegó una agresividad inusitada contra un visitante pasmado, hasta que recuperó la orientación cardinal y el mismo instinto que mucho después le permitirá navegar por latitudes ignotas, sortear riscos y hondonadas espeluznantes y conocer la verdad del mapamundi.

Exhala alivio, una vez, de espaldas a la ciénaga, conjetura, dos veces, una apreciación sobre el mal tiempo. Rememora a sus antepasados antillanos, alzan las manos abiertas y extienden los dedos para percibir las ligeras perturbaciones y el cambio sutil en la densidad de una atmósfera sin

medida, ajena a barómetros, planisferios, brújulas, psicrómetros, sextantes, cronógrafos, termómetros, diapasones y básculas y clepsidras; ajena a toda suerte de artefactos cuya finalidad principal o accesoria sea contar, medir, tallar, pesar, ponderar, cuantificar, catalogar y establecer que el calabobos prosigue, incluso, hasta más allá del ocaso, asperjando los terrenos con tanta insistencia como para ensopar el pastizal y remover las tierras arables y esparcir un tufo a cieno antiguo y a maderas podridas.

Las horas anteriores al desamparo que le atravesará el ánimo como una vira traicionera, el hijo primogénito de Ñamandú, del gremio alfarero y Eréndira, la partera, había salido del chamizo, con las energías renovadas por un descanso prolongado. Apartó el tendal de pescados grandes y abiertos en canal, que la vecina, Xilabela, suele poner a desecar frente al vano. Observa en derredor, impacientado por descubrir las novedades que le deparan los acontecimientos. Escudriña las alturas, la fragua azufre, malva, ocre, púrpura, que parece alear vetas de azogue y concreto y magma ferruginoso y tobas estratosféricas en una aurora enmarcada por el dintel del chozo, tan poderosa que transforma la luz en un enigma carmesí y la incertidumbre en un ansia por captar y entender los acontecimientos del bioma y, en fin, los pronósticos de conveniencia se hace susurros acerca del humor que mostrará luego la diosa madrina de las tempestades, Mama Pachácutec. Por rutina, el abajeño traza una y otra vez un plan de huida, escarba en la casuística, intenta anticiparse a la eventualidad y las minúsculas tragedias disueltas en el azar por el infortunio, incluso, prever las hecatombes, el tifón, el volcán Popocatépetl y a las espeluznantes tribus esclavistas.

Soy diferente, piensa, atrapado en coyunturas y recurrencias que no podrá eludir ni dominar enteramente, a pesar de la obstinación y la voluntad genuina, y el temple a veces duro y cruel y sometido con frecuencia a las rachas de impulsividad, a los ramalazos creativos y el arrebató libertario y la vehemencia que es causa o efecto de las disquisiciones espirituales o la duda, las dudas mortificantes, obsesivas: "¿Qué eramos? ¿De dónde? ¿Qué hemos llegado a ser? ¿Hacia qué aspiramos? ¿Cómo seremos redimidos?"

Interpreta la cuenta tallada a cuchillo sobre el tronco de una ceiba orientadora; esculpió un sol redondo, con ocho florituras, ocho surcos

en la posición de los puntos cardinales, ocho álveos cincelados, con vocación estética, alrededor del trazo circular, anterior a los dos iconos lunares, dos gajos, como espaldas encorvadas, sobrios, simétricos, dos repeticiones pulcras de un espolón hendido mediante el pedernal, dos caparazones delineados por el afán de controlar el remanente de los días y las noches que faltan para botar la curiara y emprender la travesía.

En la madrugada, confortado por la piedad hacia sí mismo, había abandonado el calvero artificial entre las junglas, atravesó un campizal, dos plantíos de chile, yucas y ñames; tres ejidos, casi a la carrera, como en volandas. Saluda al talludo Milcíades, un hacendado que lleva días devanándose los sesos para darle utilidad al enorme aro localizado entre los nenúfares del estuario, presiente que durante un mercadeo en Tenochtitlan acabará llamándolo rueda.

El guaraní, sigue las directrices impuestas por sus propias manías planificadoras, repite el mismo trayecto de todos los días hasta los alfaques, donde discretamente ha ido construyendo una embarcación, idónea para cualquier proyecto de huida. Tal vez le permita poner en práctica sus ínfulas de marinero, patronear la suerte y más aún con la mano en el pecho sujetarse los latidos irregulares de un corazón zaherido por la malicia antediluviana.

Tras haber rebasado el último pehuén referencial, permanece expuesto al cielo sañudo. Chispea sin cesar, pero a intervalos, desde bajo un celaje mineral cambiante, ónice, lapislázuli, amatista; cae una tromba revolviendo esporas y limo y copos transparentes, que resultan ser anélidos. Durante un fenómeno de aguanieves extemporáneo, pues ocurre en plena canícula, anega los recovecos más oscuros del remordimiento y su persistencia llega a encolerizar al cabro. Hastiado o harto de trampear contra las veleidades diarias. Son torticeras, porque un aguacero taimado, por ejemplo, es un absurdo meteorológico. Son, tales caprichos, inhóspitos, según la galbana del hijo que se habituó al confort familiar en el chamizo.

Los renglones de un tiempo tasado por las crónicas describen una rara enfermedad del protagonista, que a veces le hace vivir la actualidad

como si en realidad estuviera recordándola. Durante los brotes, el presente se vuelve sempiterno, aguachento, idéntico para la memoria, los sueños, la fantasía o el realismo. Debería irme ahora, murmura o recuerda haber murmurado. Empero, objetivamente, no sabe adónde ni cuándo ni cómo eludir la madeja que la suerte aciaga devana, enreda y vuelve a ilar en los cañamazos recurrentes del destino. Encontraré el rumbo, se impone a sí mismo.

Descalzo, semidesnudo, analfabeto, sin experiencia náutica, interpreta el índice portulano de la quimera, desescombra astros errabundos regurgitados por la montaña, sacude su melena ceutí haciendo un gesto con la cabeza, endurece el semblante atezado y, apenas después, escudriña la estela de suspiros musicales esparcidos por sobre las olas mansas cuyas crestas de espuma mitológica refulgen una vez y se evaporan para siempre en la inmensidades del acuario melancólico, cuya aguas evanescentes van, vienen, trasegan el reguero mediterráneo de los enamoramientos en clave del prosista mago colombiano García Márquez.

Los días previos, había aprovechado un novilunio para entrar, sin permiso de nadie, en los dominios vedados del templo, por bajo la gigantesca escalera piramidal compuesta por cuatro escalinatas. Un edificio más grande por dentro que por fuera, adornado con lacas y vidrios y plumas de colores sanguíneos. Su acceso ordinario está restringido y custodiado de forma permanente, se prohíbe el paso a quien no sea un escriba o lector, una sibila o augur, un curador, una oficiante o un sabedor astral y, en fin, franquea la entrada a determinados cargos y linajes y a ciertos gremios. En el retén, durante un relevo, un temblor sísmico, una algarada de guardias membrudos y hoscos, salen y entran del recinto. Los trogloditas sustituyen a los pitecántropos, portan el arma reglamentaria al hombro, un tronco membrillero con forma de muslo aviar. Recién, de entre las tinieblas compactas se desgaja una sombra, se alarga, avanza sigilosa, logra mimetizarse y rebasar los aledaños, burla a los centinelas, accede a la atmósfera lúgubre del santuario y acaba perdido por entre los espantos babilónicos y la neblina del incensario ubicuo. Avanza casi a tientas, guiado por columnas irregulares de antorcheros y trípodes rematados en turíbulos

humeantes y candelas que flotan en una solución oleaginosa sobre cuencos bronceados para alumbrar a las sacerdotisas de cabeza oval, durante sus arrobamientos o liturgias y a un lector inmerso en el arte de inventar o descubrir la alhajera fortificada, que contiene perlas irresistibles a la curiosidad de Nahui.

Encuentra, por doquier, fardos, tochos y amasijos rancios de papel devastado por la mecánica del ciclo de vida, al que los hermenéutas dieron fama utilitaria y prestigio servil, pues cada uno contiene un mensaje sublime, mágico, excelso, pintado, hendido, escrito, estarcido o dibujado o compuesto mediante protuberancias y relieves, en un idioma ajeno a la población humilde y lenguaraz de Tlatelolco, Icahuate y Guachichil.

Todas las tribus, desde antes de los asentamientos y el abandono de la vida nómada, estaban enconadas en una sucesión de batallas y refriegas y escaramuzas, sin tregua ni amnistias. A un nivel soterrado, menos evidente, articulan una sola guerra transversal, conforme al explorador, geómetra y diseñador de ábacos, Andrew Smith. Anotó, en un diario de viajes, que la belicosidad, entre clanes, cumple la lógica del producto cartesiano, además las tribus pueden escindirse y luchar entre sí, en las mal llamadas peleas de perros. Los mazatecos aplastan a los andinos, éstos a los cipayos, que hicieron capitular a navajos o cupeños.

El pábilo beligerante prende por cualquier pretexto: oro y minerales, heredad, sabiduría, por mujeres hembra, prontuarios de sanación y hechicería y, sobre todo, para dominar el encendido del fuego primigenio, que resiste tormentas y vendavales, si se alimenta con un acíbar oscuro y pegajoso, que extraen desde los enclaves subterráneos indicados por los prospectores. La posesión de un elemento tan versátil como para fabricar herramientas duraderas y armas casi irrompibles, llevó al arconte Ochpantizli Cuatro Pico de Azor a resetear la cuenta en los calendarios y desde aquel decreto, empezó a transcurrir el año uno, en la era del primer sol. Ensoberbecido frente a la pira deslumbrante, ordenó la construcción de un sanctasantórum, que permita conocer a las generaciones venideras al promotor de la edad del bronce.

Por esos antecedentes, una silueta fugitiva había traspasado la cerca erizada de púas, violó el umbral que conduce al dédalo de corredores y cámaras y sarcófagos, seleccionó un promontorio, hundió las manos en un fangal y agarra un puñado de mensajes aplastados, en hileras repetidas, que después el políglota -capaz de interpretar el idiolecto del lemur¹- traspasa a cuartillas limpias, convertidos en una traducción legible y sorpresiva.

Bajo la llovizna interminable, por suspicacia, Nahui revisa los nudos del curricán, alrededor del manojito robado, cuyas páginas trashed sin fervor ni paciencia, convencido de tocar apenas rozando con las yemas de los dedos un cementerio formado por diminutos cadáveres, quizá jejenes o ácaros, tal vez hormigones, planos a la fuerza, o lágrimas eneolíticas de la diosa Hatuey que se estamparon contra la superficie aleatoria de los pergaminos, crípticos, rotos, acartonados, deslucidos por el rigor intemperante y la veleidad parecida al diluvio que ha ido encharcando el claro entre el bosque selvático y la desembocadura del río grande. Solo cuando acomodó el atadillo debajo del balandro, se deja llevar por la mala sangre, prorrumpe en un arrebatado de furia, escupe improperios, despotrica, hasta lastimarse por dentro y enronquecer, zarandea unos árboles menudos, intenta arrancarlos, suelta una diatriba contra no sabe bien qué o quién, claramente anticuado. Expele una retahíla soez, un batiburrillo cerrado a la comprensión, farfulla la escritura desatada, todos los fuegos, el fuego, la curación gestual, manipular el curare, hacer mortífero el roce del dardo, el abatí analgésico, el arte cavernario, cómo elaborar charape. Trastabilla sin resignación ni sosiego ni contento, va desgranando la mazorca de la adversidad, hasta que únicamente queda en su mano crispada la coronta que le guiará por entre la vastedad hasta reino experimentado cuyos habitantes aprenden a leer y escribir siendo apenas benjamines.

Enjugó la frente ceñuda usando el reverso de la mano abierta, roza el flequillo lacio que suele recortar cada interlunio con el borde filoso del caparazón de un armadillo, se entretiene acicalando el contorno y los aladares de su melena alquitranada, los flecos y guedejas retorcidas en

¹ La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza informa sobre el peligro de extinción que objetivamente amenaza a estos mamíferos.

hilvanes que entrechocan por el movimiento corporal, tintinean, entonces, las cuentas insertadas en el ornato, las caracolas mínimas, los zarcillos del mineral regurgitado por el volcán lunático, resinas sólidas, marfiles recortados, después, y bruñidos hasta formar anzuelos y aretes y geometrías esféricas, a semejanza de las múltiples gotas esmeriladas del bleque que cristalizó en la última glaciación planetaria, junto a volutas y pétalos y escamas y limaduras fósiles de extintos dinoterios, pulverizados por el devenir neozoico y las inclemencias que arrojaron osteolitos, hilados más tarde con sedales y plumas livianas recogidas bajo los ponederos de las aves trópicas para embellecer la melena de Yupanqui.

La vida diaria exige una praxis constante. Un cóndor parece, aparece en el confín, quizá un águila o el urubú tétrico. Desciende en picado desde los infiernos del cielo aborigen, obedece al hambre, al brillo de los abalorios que subyugan su instinto cazador. Rauda, traza un vuelo ofensivo, balístico, hacia la presa confundida, cuya reacción es biótica, hormonal, no aprendida; pondera y dirime alternativas, infiere desenlaces factibles, entre un elenco limitado de sucesos: morir, luchar, huir.

Durante la urgencia, ha oído una voz grave -su conciencia- tan inteligible que le hace buscar en derredor al enemigo de la cordura. Mirando la fisiología del hondureño a través de una lente psicológica, cada reacción extrema, por genética, edad o temperamento, deja al mapuche exhausto, perdido entre seres y cosas sin sentido, absurdos, diferentes al presagio en las piedras brillantes y los caramujos cuyo rastro permite desandar cualquier senda tomada por error durante el zancajear por entre las bifurcaciones de la esperanza, hasta que asume una máxima común en las cadenas tróficas: Vive, sobrevive, protege tu existencia. El coraje de sus ancestros guerreros aflora, bulle por su torrente sanguíneo, debe improvisar una estrategia y, más aún, vencer, sin llaves ni armas ni camaradas. El pensamiento crea acción, por consiguiente, la presa relampaguea, mueve y estira los brazos al frente y hace restallar una sola palmada, sin retumbos sobrenaturales ni zarandajas místicas, fuerte, tajante, resolutiva, capaz de amedrentar al ave saxátil del desánimo.

Una peligrosa sensación de supremacía le transporta a la época en que

cumplió la edad legal para emanciparse. La antigualla normativa lleva a los quintos a la enorme cabaña cuartel, para alistarse y cursar una ceremonia iniciática tan compleja que auna el cariz cívico, militar, religioso, formativo y aun el revelador de las verdades supremas. En cuanto rememora lo aprendido, advierte que no le prepararon para contener el ataque de las bestias. Había asimilado cada nivel teórico, como el resto de una tropa que al principio carece de especialidad y oficio concreto. Todos deben aprender idénticas generalidades, la mecánica del apareamiento, el valor dado a la familia, el origen de los clanes, una materia troncal extensa, cómo manipular el tósigo, técnicas de combate, expuestas en sucesivas rondas entre adversarios que al golpear emplean cualquier parte de la anatomía y antes fueron trabados a un árbol, amarrándoles una pierna con bejucos.

Las asignaturas permiten adoctrinar, instruir y aculturar durante el recibimiento parsimonioso de la actitud responsable, que ayudará a mantener la templanza y a sopesar los actos propios y sus consecuencias.

Cada victoria militar del vaivoda, Ochpantizli Cuatro Pico de Azor, ha estado añadiendo nuevos estratos al poso de la tradición. En la victoria, tras cada saqueo, invasión o campaña de represalia, el clan respeta las costumbres y las normas de las aldeas vencidas, más aún, paradójicamente, asumen el acervo y las supercherías que modifican sus rutinas mientras los forasteros, vencidos, mantienen el mismo estilo de vida.

La escuela, monasterio, cuartel y laboratorio, Calmécac, filtra al alumnado, conforme a sus aptitudes, separa a quienes aprenderán rituales místicos, canto sacro e interpretación onírica, los novicios. Una élite, soportará un entrenamiento exhaustivo con que fortalecer su tolerancia al dolor intenso, baños en arenas movedizas, ayuno, privaciones: son los cadetes. Otros, favorecidos por influencias familiares, serán instruidos en la gramaticalidad por el escriba contador. Así, pues, el estudiantado recibe espiritualidad, instrucción, comparte penurias, practica la camaradería. Los internos fraternizan, beben atole o pulque, mastican coca y fuman cáñamos deícticos y hojas arrolladas de tabacos cubanos. Aprenden a hembraear.

A las primeras sesiones lectivas compareció ante los epígonos, el maestro de claridades, Jimagua. Habla como si pintase, exhala colores y

geometrías simples, imprime a la voz un tono y una elocuencia que cautiva al auditorio. Nahui bordea el principio de una revolución íntima, asombrado al descubrir que alguien tenga los pensamientos ordenados con tanta naturalidad que parece sofisticación y el idioma permita iluminar aquellas cosas abstractas o distantes en el espacio o el tiempo. El orador desliza una enseñanza moral e ilustra esa costumbre, frecuente en los corazones ambiciosos que matan o mueren por negar la evidencia. Había zanjado las tribulaciones de Milcíades con una frase candidata a convertirse en un proverbio en los círculos ilustrados: La rueda no vale para la jungla. Necesitaba liberarse del azogue y contar la ocurrencia, de manera que había postergado a un ministro espiritual y a los ecuatorianos y sin permiso del oficiante o Armin Van, adelantó una clase que consideraba magistral.

En el aula, aprovecha la congregación de mentalidades receptivas y diserta sobre sus teorías de gramático. En realidad casi nadie, por no decir nadie en absoluto, entiende cabalmente su alocución. El venerable dómine vocea sobre el pulimento y los ideogramas, recalca la conveniencia de darles un significado unívoco. Los pueblos, en todo momento, necesitan comunicarse y, por tanto, requieren un método avanzado y moderno, más intuitivo que los jeroglíficos y las tablas cumplimentadas con punzones y las miniaturas enrevesadas; sienta cátedra hasta dogmatizar que la escritura refinada hará avanzar los engranajes de la civilización.

El temario común se sucede con la celeridad artificiosa que marcan los innumerables problemas abstractos pendientes de exposición.

Otro día, un celebrante enjuto y melenudo, de maneras amplias, planta una pizarra y nada más dibujar con tiza unos iconos enigmáticos, reconduce a los discípulos al contexto gráfico. Considera, en síntesis, que la cuenta del tiempo oficial es confusa y errónea. Mediante cálculos basados en la astrología, las efusiones del volcán y los plenilunios, propugna que atraviesan la segunda era, el año diecinueve, así pues, no están auspiciados por Pedroth Xanchex, el Dador, siendo conveniente elevar los ruegos, plegarias y promesas al regente Albert-Otihuacán, el Enamoradizo, para que interceda ante el dios sol, Dremus Si.

Los discentes toman nota de los múltiples retos y las contingencias y

embrollos que deberán solucionar después del licenciamiento, empero, no se dejan impresionar por las fechas capciosas y los guarismos abstrusos planteados por el último cuestor magister. Ha concluido el preámbulo, meramente tangencial, y a continuación estira un silencio premeditado, quizá para conferir un tono trascendente a sus palabras.

El siguiente hito en la capacitación exige ilustrar la importancia del fuego triunfante, una realidad custodiada por mercenarios y aporreadores, a las afueras del templo, frente al adoratorio de las deidades menores y los entes aherrojados en el barro de las estatuas cocidas y la profetisa añosa, que anticipa el fatum olisqueando al consultante. Junto a los talleres especializados en labrar el jade y las curtidurías donde elaboran pergaminos, papel amate, condimentan el agua, añaden cal y dan un hervor a las cortezas del jonote, que aplanan mediante guijas y más tarde el parvulario remata el proceso, frota el material con cáscaras rugosas, procurándole un acabado suave. En el vórtice del progreso, los maestros alcoholeros emplean calderas que permiten destilar las variedades fermentadas de mezcal y agave o magüey. Un manito inventor chasca pedernales, cuarzos, pórfidos, para reproducir la magia del fogón. Es el distrito de los bohíos fastuosos, dispusieron un círculo de obsidianas con virtudes protectoras, alrededor de la hoguera grande y encrespada, cuyos haces desflecados atizan y nutren continuamente, echándole hulla y grumos extraídos del suelo profundo, fermentos de sapropel, compacto y gelatinoso.

Hasta el quinquenio del tecnócrata charrúa, Outube, no encontrarán el modo apropiado para producir las chispas que encienden la vida alrededor, por consiguiente, solo hay una fogata de ascuas perennes. La espectacular vitrina atrae a los habitantes de piélagos e islas remotas; llegan con un cetro humeante o un cayado o un caldero que también usan como tambor desde los últimos embates monzónicos, convencidos de que la diplomacia genera un rédito superior al obtenido mediante los puños castrenses; se llevan las manos a la cabeza, dejando claro que su situación es desesperada y entre lamentaciones ruegan por la deidad Jurupari que alguien me haga el favor de avivarme este rescoldo cabezón .

Las avalanchas humanas, frecuentes, trastornan la convivencia y el orden;

llegaron a convertirse en un problema grave, que puso en una encrucijada al pretor archimandrita. Adaro es considerado un hombre retraído, aunque otros polemistas aseguran que no tanto, lo suficiente, puntualizan, para prevenir la maledicencia. Al margen del conflicto, antes de divulgar sus pensamientos, cavila, se demora lo suficiente para tamizar los planteamientos con el cedazo del sentido común. Luego, aireando el ambiente político estancado, exigió paciencia a la comunidad, arguye que las riadas de migrantes, hortícolas y pedigüños deber finalizar cuando todos sepan chascar el cuarzo y enardecer la yesca. Parece o es una verdad incontrovertible, que aplauden en el campamento monacal. Han dedicado un intervalo a refinar los objetivos curriculares y trataron cuestiones sobre organización social.

Nahui, movido por una piedad ilícita en un varón, pasó la tarde rescatando abejarucos espetados en la despensa del alcaudón, hasta que olvidó regresar y perdió la ocasión de conocer las primicias proféticas bisbiseadas por una aruspice virginal expuesta a los aprendices. Resume el advenimiento virreinal y los navegantes cuyas embarcaciones son grandes como aldeas y algunos tienen un ojo extensible, con que acercar los objetos distantes. Traerán enfermedades multitudinarias, sarampión y viruela, el catecismo mesiánico del redentor, José Martir, también coplas españolas y caballos fulgurantes y artilugios hermosos para espantar las calores o partir las garrotas del enemigo.

No importa, se dijo al enterarse de la cita cancelada, infiere que el más experto agrimensor fija los límites continentales en el confín marítimo y, por ende, el visitante anunciado que llega desde ultramar no será distinto a un íncubo, o una entelequia imaginaria o una alucinación colectiva. El episodio agorero contradice, además, las señales de las noctilucas fosforescentes, que, de vez en cuando, a veces, en ocasiones, con una frecuencia esporádica, aleatoriamente, prorrumpen, como un chorro de auspicios, por la chimenea del volcán constipado, anunciando que los tiempos atávicos y los cultivos feraces y las guerras pacíficas están próximas en el calendario.

El adiestramiento ceremonial ha entregado casi todas las porciones del saber que atesora, de modo que empieza a destilar código castrense. La

promoción será, al fin, un contingente que pasa a la situación de reserva. Los novatos están reunidos en el patio, no están reunidos, se amontonan como una cuadrilla de vagos y maleantes, desorganizados y sin nervio ni disciplina, en mitad del moridero de lástima donde las escolopendras sueñan ser tulipanes y la lluvia se evapora por la morriña. Recién, una voz de trueno atraviesa el ámbito del cuartel, fabricado con cañas y barro, atentos, deja de ser atronadora, pues ahora restalla ordenes incuestionables. Manda que se callen, patanes; empero, la soldadesca mantiene la misma actitud de las reuniones domésticas.

El instructor suplente, Culcuima Caype, toma las riendas de la situación. No repetiré dos veces las ordenes, ha dicho: ¡Atentos! Alza la mano para señalar unos tucanes sobre los cielos encapotados y con el gesto del índice admonitorio tras el brazo atirantado y la arrogancia inclemente, vocifera: ¡Detened el vuelo! La voz rodó hacia la lejanía y detuvo la bandada en seco, queda suspendida una fracción y desciende inerte y pesada como las piedras en una trayectoria rectilínea hasta que se estampa contra el roquedal y los pájaros se despanzurran entre vaharadas iridiscentes de plumas².

En los días siguientes, las arengas logran empapar la moral colectiva, atraen una curiosidad dócil pero a la vez fomenta un terrible báratro personal, causado, en parte, por una necesidad urgente de asimilar todas las abstracciones que están sujetas a la memoria mediante los bejucos frágiles de la imaginación. Los cadetes, en un plano estratégico, proporcionan el peso, la fuerza y la evergadura a un soldado descomunal, aunque cada uno se licenciará en el mismo orden de colocación en la fila

² El regimiento abandona el sentido civil de la realidad, sin detectar las cerbatanas camufladas. Primer mandato, no piensen tanto, sientan, respiren, compartan aire, el aire trópico, olviden a padre, no son futbolistas, olviden a madre, no son pitusos, empiecen a pisar el suelo, porque cuando acabe con usías desearan haber nacido con la mismidad de **Once Hierro** y la ligereza del pensamiento. Un día, en algún momento, significa hoy, ahora, la mayor distancia que recorrerán empieza dentro de vucencias, no he venido a dar arengas incendiarias, apenas un recordatorio, no practiquen la promiscuidad, sean un hombre no más, por tanto, con derecho a siete -y solo siete-esposas. Aquí viene el recordatorio, huevones, voy a echarles tanto estiércol encima que aguzaran el oído, para que el gran jefe no deba repetir dos veces cada orden. Pisar -es imperativo- la tierra, no sé su parecer, pero es áspera al tacto, templada, patriótica, sempervirente, huele a mujer, a buena mujer, podrá estar asilvestrada, reseca, en barbecho, con inundaciones; no importa, es el único terruño que les soportará, como buena esposa, hasta el final de sus desordenadas vidas. Aguantará a cada uno de los herederos de mala sangre que prolongue la estirpe. La cuestión es simple. Segundo mandato, trabaja duro y ganarás trofeos, hazlo en equipo y conquistarás mundos.

tensa, que va desgranándose durante la clausura. Nahui saluda al jerifalte, acepta un destral reluciente, un cambucho repleto de arepa y una enchilada; a continuación el oficiante le bendice con un señal ocre en la frente. El acontecimiento será añadido a los relatos vetustos con que los viejos entretienen a los nietos invernales, horas de dolor, entrenamientos al límite, aprendizaje rápido, desafíos insólitos, exámenes continuos y cribas por aptitud y concentraciones al raso, también sugestión colectiva, embriaguez, descubrimientos, convivencia y ascetismo monacal y rigor castrense y libertad dentro de la disciplina.

Históricamente, la celebración suele dejar un reguero de morriña y adioses por entre las chabolas, tapiza la población con guirnaldas de serpentina y cocos como vasos para beber tequila y faldas desflecadas y cotorras que debían impresionar por su dominio del habla y terminaron disputándole la vida a un gallo pendenciero que anduvo suelto y envalentonado durante las mojigangas y el festejo popular. Apenas después, los cargadores del calendario hacen transcurrir el tiempo legal, termina la tregua otorgada por el yacaré y su larga mandíbula, que emerge desde bajo la nata fluvial, entre morrenas y esqueletos de ictiosauros y escorias prehistóricas y persigue a los nadadores que intentan cruzar el recodo por una apuesta temeraria.

Una columna en la revista de antropología, Muy-Tucumán, firmada por el profesor emérito Fabricio Smith, contrasta el carácter servicial y participativo del recién emancipado con el temperamento hosco y los cambios de personalidad que padecerá en avalancha al inaugurar la edad adulta. Objetivamente, comienza a retraerse, evita las interacciones sociales, los vínculos afectivos. Huraño, discute con frecuencia, por nimiedades, luego es áspero en el trato, díscolo a los requerimientos, olvidadizo; de juguista y charlatán pasa a ser definido como un menestral taciturno, envuelto en un aura noctámbula, tras una sonrisa fingida bajo la mirada analítica, como si en realidad fuese un mero espectador y mirara desde lejos su propia vida.

La transformación es anímica y mental y física, tan drástica y repentina que extendió la alarma entre los jóvenes, incluso, la hija de un canoero, Xilabela, desde el encontronazo entre Nahui y su amigo hermano, tuvo la

ocurrencia de ponerle un mote y a sus espaldas era mentado como el Extranjero. Aún sus tutores, sus deudos cercanos, apenas entienden la metamorfosis del adolescente que lentifica, enlentece o aplaza las tareas habituales, el deber cívico, la ayuda desinteresada y las obligaciones impuestas por la convivencia comunitaria.

Ñamandú y Eréndira, oyeron que malgasta el albedrio, persigue abejarucos, confecciona albums inútiles o pasa las horas -que no volverán- espumando el oleaje desde los acantilados. Temieron que el pupilo estuviese aojado o maldecido, la madrugada en que le hallaron con la mirada ardiente y los ojos de resucitado y el semblante estragado por el desvelo. En el brezal, les miró sin verles, a intervalos se agazapa, acumula empuje y en un estado de idiotez propiciado por la plantas alucinógenas, salta con una trayectoria vertical, hacia ninguna parte³.

Guari Huancayo y otras vecinas, pero especialmente Guari Huancayo, murmuran de manera obsesiva, descueran a Nahui a diario, con la buena planta que tenía y nos salió haragán, critican, dicen fíjate, algunas madrugadas lleva tanto retraso con la recogida de alfalfa que los bueyes almizcleros pierden la mansedumbre y embisten a los vaqueros menos cautos. En ese ambiente proceloso, la ancianidad confunde los desaires díscolos con la rémora negligente. Otra parte de la población, considera que tratan con un holgazán y el censo juvenil, por mayoría, relaciona la conducta extravagante con la ingesta de ciertas raíces modificadoras de la conciencia. Así que el comportamiento de Nahui sigue toda clase de impulsos arbitrarios. El clima, la disposición astral o el florecimiento del almez le llevan a que prive a los rumiantes del forraje, sin malicia, sentido práctico o justificación, o permita que las reses se queden sin ordeñar y al ocaso los movimientos espontáneos del animal zarandean las ubres henchidas que

³ Anhela los sembradíos de ocurrencias mágicas que levitan en la bóveda celeste. Amaron como si hubieran sido o fueron en verdad mujer y sintieron, sufrieron, lloraron como mujer los cilicios de las despedidas. La leyenda dice que antaño prendieron el firmamento, la leyenda dice que desde entonces esperan, trémulas, impacientes, para repetir una cita prima. Son musas estilizadas, sílfides tibias, fascinantes orondas, divas perfectas, normales, luminosas, etéreas, libres para encandilar, libres para flechar, dormir, cantar versos, cuitas, suertes, sin carceleros ni espantapájaros pertinaces. El caminante puro que escudriñe con los ojos del alma descubrirá esa materia cuajada de entelequias que aluza y mantiene y aviva el romance y las aspiración más profunda y prístina del alma. La leyenda dice. Las vecinas murmuran.

sueltan chorros enmarañados de leche humeante a presión. Los aderezos negativos en su biografía son inabarcables. Al regresar al terruño en solitario, ha estado dilapidando las provisiones de cámbaros, porque aprovecha para liberar su vocación de floricultor, compone ramilletes vistosos o se ensimisma con su rostro reflejado en el estanque y más tarde no logra recordar dónde arrumbó el marisco.

Por entonces, cada intento por acercarse al obscuro e inquietante objeto de sus deseos agrandaba la distancia que en realidad pretende eliminar, como si el destino fuera irresistible y diera vueltas en círculo hasta el decurso natural hacia el exilio. En el aire diáfano del cacaotal, el charrúa cerró los párpados, en un acto reflejo, tras una ráfaga jaspeada de polen o arenisca, un avatar no anticipado ni presentido, que agrava su mentalidad a la defensiva y su endeble manejo de la frustración, consciente una vez del instinto retardado que ayuda a morir deprisa en la selva.

Un intervalo después, relega el fondo de sus agobios, apenas tras vislumbrar a una marismeña yanomami, que surge por entre la luz límpida del mediodía y parece una deidad rupestre transitando la vigilia. Sobre los antebrazos y contra los pechos plétóricos porta una badana con acículas y grelos, en cantidad suficiente para mullir un tálamo todavía sin candidatos. Anda envuelta por un halo esplendente de inocencia y una falda floreada y un peculiar cerco de beldad, homínida, saludable, mayestática, más aún, deífica, tangible, terrenal, cejjunta, asilvestrada, terrosa, sólida, otra vez densa, olorosa, ajardinada, marfileña.

El observador, sin considerar que añade más ponzoña al venablo del oprobio, casi asalta a la mucama, bajo la sombra alargada del bucare protector. Nada más reconocer a Paccha Duchicela, un pensamiento relampagueó tras su frente cubierta por un flequillo recto, omite el saludo de cortesía y le espeta un breve consejo, que resultó sorpresivo hasta para él mismo. Solo dijo: Recorta esas matas en las axilas y serás modelo.

La hermosura cariacontecida no detiene los andares resueltos, clava una mirada de conmiseración, sonríe pura sicalipsis, exhala naturalidad, entresaca el ápice de la lengua sin despegar los labios y en ese instante piensa: Voy a tener suerte, pero exclama: ¡Gugol!

2

LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA HABÍA REHUSADO PUBLICAR EN su gacetilla un artículo rubricado por el biólogo, Emilio Amador. Aduce el excesivo tono literario, irritante a trozos, como muestra un ejemplo, escribe: El estilaje augurado por las hojas caedizas de los robledales. Porque todo el mundo sabe que los científicos no creen en adivinaciones supersticiosas. Menciona a Vhox, el ente que subyuga a las ánimas avarientas que no pudieron desprenderse de la codicia en su tránsito por el purgatorio.

El autor tampoco olvida la rectitud ecológica y aprovecha para insertar pronósticos agoreros o algún mensaje subliminal. Ergo, las temperaturas bruscas inducen a las huevas de los anfibios a eclosionar prematuramente, con agenesia. Los pangolies, aun, sucumben a los cazadores furtivos o los marchantes de trofeos y por las costas anchurosas yacen almejas gigantescas, engendros que requieren varios porteadores para su traslado. Como resumen, una atmósfera primitiva, descrita en una reseña que acabó trasapelada entre antologías, planisferios y lotes de antigüedades sacados a subasta y adquiridos por un bibliógrafo anónimo.

Los editores llaman colorismo, o verbosidad exasperante, o quiero y no puedo, al tipo de redacción que otros críticos, puristas o filólogos consideran paradigma del estilo descriptivo, realista y conciso. Don Emilio Amador, retrata un episodio frecuente y casi anecdótico en los entornos cavernícolas, donde un homínido está en peligro de muerte a causa de la cadena alimenticia, concretamente, del ave jurásica. Empero, igual que otras muchas ocurrencias, fueron descritas por Nahui y, en consecuencia, transcritas, con una exageración desmesurada, en parte, por insuflar intensidad al testimonio, para conmover o impresionar y asimismo porque los recuerdos ovillados se me aturullan justo en la barriga, no en la cabeza, querido Plinio, como un empacho.

En la época del cambio de tercio, en las Europas, los diletantes terapeutas recomponen las torceduras y quebrantos de la salud, desde una atalaya elevada dos palmos sobre el resto de la población y, en el caso tratado,

apenas después del concienzudo examen, Plinio proclama su diagnóstico paladino: ¡Es mala sangre!

Durante la demolición de un convento dúplice, unas páginas, arrancadas a un diario espiritual, cayeron con los escombros desde una pared que las emparedaba. Transmiten pormenores relativos a la esfera problemática y la privacidad de un feligrés perdulario, identificable, por suposiciones, con Nahui. Admitiendo la hipótesis, revelan, por ende, unos rasgos -genéticos- que no aparecen en ninguna crónica o biografía o historial clínico; mencionan el histrionismo, la hipérbole y el fantaseo, como defectos -veniales- transmitidos, en la saga, al hijo primero y a la hija de cualquier orden.

Las dolencias de la virtud, recibidas por vía hereditaria, son, por su misma definición, ajenas a la voluntad, afirma, dogmático, el antólogo y humanista, Mr. Irving, a la vez, reclama disculpas y comprensión para los mentirosos que adolecen de malicia o intención dañina; remata el alegato e inquiere si es razonable o moral rechazar a una persona y condenarla únicamente por su fantasías desatadas.

Clínicamente, el fabulador, no atajó el descrédito y los perjuicios causados por el déficit realista, ni siquiera tras la crudeza de los onirismos y las ráfagas fugaces de imágenes consolidadas en secuencias casi tangibles, junto a sonidos eufónicos, chirriantes y aromas huidizos, o pegajosos, cuya naturaleza resiste cualquier análisis o raciocinio; tal vez, embustes o coartadas, quizá ensoñaciones o puro cuento, hojarasca inventada por los escritores, para una trama que no discurre, sino que da vueltas en trazos concéntricos. En todos los supuestos, prevalece, para el dominio público, la versión trabada por la letra impresa.

Los historiadores, cuyos estilos son contrapuestos, Pompilio, escueto y Hecateo, lírico, proponen, en un compendio de opúsculos latinos, que Nahui, el exiliado, antes de evidenciar esa inclinación mendaz y la tendencia patológica a obtener compensaciones mediante el melodrama, apenas participa en tertulias o reuniones o establece lazos de simpatía; por todo reniega, con una frecuencia excesiva, del mundo a su alrededor, del conglomerado de chabolas y albercas y corrales donde nace la distancia para extenderse hasta la lorza infranqueable del horizonte cuajado de

reflejos lunáticos.

El último reparto gremial le ha convertido en un recolector de palabras, similar a otros desilusionados sin vocación. La frecuencia estadística augura que terminarán cansinos, deslomados y tan miserables como al principio, con la expresión patibularia y el ceño apretado y la sensación de haber perdido el rumbo en la torrentera de lo cotidiano.

En la tribu, dada la gravedad del asunto principal, se reunió el Consejo de Disciplina, una asamblea popular espontánea, los sabedores y el arconte supremo, anunciados a voces por el huachimán para debatir la etiología cierta y los remedios factibles al humor obsceno, la irritabilidad y el talante asocial del bien llamado el Extranjero, dicho esto sin pretensión de vilipendiar.

Por las fechas del conciliábulo, nadie puede barruntar la simplicidad cromática del encausado, hasta que trascendió mucho después bajo secreto de confesión y más tarde el mismo clérigo la menciona en los cuadernos de penitencia. Básicamente, el confesante no puede distinguir los colores básicos. Cada amanecer en el displayado, apenas distingue una gama blanca, bruna, agrisada. A esas horas, el paisaje suele ser enigmático, siniestro, amenazante. Recibe derrelictos extraños, profusos, heterogéneos; una quincalla que será la infrutescencia espigada por los cosecheros.

Los anales, transmitidos mediante pictogramas floridos, recrean las corrientes oceánicas que movieron a una legión de vándalos y salteadores hacia las fronteras custodiadas por la guardia costera. Cómo los vigías divisan un convoy por la mar y hacen bramar el cráneo seco de un venado convertido en clarín. Los mugidos sacan del sopor y traen a la vigilia a los durmientes, marcan el nivel máximo de alerta, demostrando que nadie, ni siquiera los mashco-piro o los sapanahuas, logran confundir a los sagaces atalayeros.

Centurias después, un descendiente urbano del relator, parado sobre la acera en un barrio comercial, frente al escaparate de una sastrería, atinó a encontrar una relación entre los promontorios flotantes y una turba de maniqués, sintéticos, inexplicables y extemporáneos para la edad del bronce. Hasta entonces, nadie sabe a ciencia cierta qué clase de monstruosidad o

amorfia o disparate, está arribando sin los permisos diplomáticos actualizados.

Adaro y sus lugartenientes, en pie, trazan las líneas maestras para organizar una falange de respuesta anfibia, pero a mitad del conclave desechan la estrategia, para considerar un informe entregado por los oteadores. Han escudriñado una soldadesca caótica, solo vimos brazos y piernas y cabezas en marañas, vimos los cuerpos desmembrados saliendo de las aguas, señoría comandante, los engendros se arrastran por el displayado, removiendo cangrejos y ceibas y esponjas, y por extraño que parezca, terminan el asalto amontonados unos sobre otros, quién sabe el porqué, quizás para cumplir órdenes. Están aquietados, al arbitrio del oleaje, meciéndose en la estulticia.

El comandante vaivoda estira del hilo juicioso y devana un segundo plan táctico. Avallada un frente de contención, en primera línea, a ras del suelo, coloca una línea de cerbatanas aprestadas con un dardo venenoso; detrás dispone una batería trémula que reúne a los honderos más hábiles y, en retaguardia, una formación cuyos guerreros mantienen la mirada tensa y fija en la distancia y blanden un tomahawk o sujetan un chuzo, con la mano crispada y atentos a la voz cortante del caudillo, ansiosos por repeler la acometida de unos bárbaros que parecen dormidos o muertos o poseídos y tienen la expresión alelada y promueven la anarquía, con los cuerpos agarrotados y las extremidades rígidas. Unos parecen o son mujeres hembra y otros tienen o parecen tener los cabellos largos y brillantes como hebras preciosas que fulgen o refulgen bajo la luz cobriza e incipiente del alba.

La batalla entra en un punto muerto, ante la pasividad hostil del contrincante, una patrulla ejecuta un reconocimiento de proximidad. El brigadier, desde la distancia, certifica a gritos que no son cadáveres ni parecen momias, sí estatuas, tal vez espantapájaros. Al tacto son fríos y resbaladizos y poseen una dureza impropia en las gentes de la ciénaga. Sugiere que posiblemente fueron convocados mediante oficios tenebrosos, y, al fin, elucida que el asunto rebasa la jurisdicción castrense y por tanto procede someterla a la consideración del hechicero

druida regente.

Aquella clase de eventos alteraban la rutina clandestina del gurí. En la época de celo del avetoro, que saturaba el ambiente con sus mugidos desentonados, Nahui deambula hasta los predios costeros, perdido bajo la lumbre sangrienta del semilunio, descubre los recovecos de una pesadilla disruptiva. Por desconfianza endurece los sentidos, despierta otra vez, escudriña las arenas, cubiertas por una insólita frazada de objetos inertes, parecidos a medusas engurruñidas, flácidas y transparentes.

Regresa con celeridad, se esfuerza para explicar la escena a sus tutores, intenta no añadir florituras, adjetivación superflua o apreciaciones subjetivas y pese al reparo inicial logra el propósito básico de la comunicación. La madre, devota, atribuye la cosecha a Izmucane, una diosa espléndida, que parece entregar una cornucopia magnífica a quienes le riden pleitesía. Eréndira y Ñamandú, compelidos por el hijo, apenas consiguen morder un pedazo y menos aún deglutir una porción del supuesto alimento. Deciden, pues, cocer la morralla, prenden lumbre y colocan una enorme cazuela descascarillada que empezó a borbotear enseguida y desprende un vapor denso cuyo olor fue atrayendo al vecindario. Paulatinamente, el evento se transforma en un acontecimiento multitudinario. Vinieron, incluso, pobladores de alquerías distantes, convencidos por sus informantes y espías de que los kiowa cocinaban una ambrosía celestial, pues tiene la propiedad de replicarse, sin participación humana, y en consecuencia, será la solución a las hambrunas causadas por los huracanes recurrentes.

Con el primer hervor, los cocineros extrajeron del viejo caldero de bronce una piltrafa chorreante, preguntaron por voluntarios para probar aquella sopa y Xilabela, insidiosa, por su afán de protagonismo, gritó que ella misma comería un trozo y al cogerlo casi se quema, pero disimula por arrogancia, prosigue el experimento e intenta morder y masticar y digerir una ración, aunque desiste, humillada, con una expresión de alivio y un mohín final.

En ese intervalo, el tufo que desprende el puchero, de consistencia pastosa y tonalidades leonadas, se ha vuelto mordiente, casi nauseabundo, desalentando nuevos experimentos culinarios. Resignados, guardan las infrutescencias bajo cobertizos y sombrajos, permitiéndoles madurar.

Desconocen que han estado manejando un plástico vulgar, pasado por agua, misterioso e incongruente.

La primera jornada de trabajo en que acompañó a la cuadrilla como limpiador, vió la aurora relumbrar, vió la claridad gradual encendida sobre los arrecifes, salpicados por laminarias y líquenes, por excursiones pávidas de equinodermos, bregando en una pleamar cuyo sentido arroja aglomeraciones de erizos y bogavantes y mezcla la física orgánica con celulosa apelmazada, desunida, hecha jirones, grumos o mazacotes, revuelta con hipocampos hermafroditas y esponjas vivas que rezuman colores como almadías, por disolución de sus ilustraciones y caligrafías impresas, en cada tomo, facsímil, cromo, o leccionarios, o partitura, o santoral, que van sembrando los cotos de las marismas, analizados por el lexicógrafo, vendidos a un librero donostiarra, movidos entre carpetas y valijas, transhuman en baúles, maletas, ánforas, ramilletes, sacas, petates, resmillas, barajas. Abandonaron la clausura, recorren los rieles del azar o la lógica concreta del naufragio, la tromba o las carambolas, cruces y reacciones en cadena que mueven un arte atávico, escrito, xerografiado, esculpido, modelado y sobre todo valioso, según el dictamen de los exégetas y archimandritas, contiene mensajes genuinos, portentosos, heurísticos, rebozados entre la moralla, y proceden del mismo empíreo.

Un vigía experto puede otearlos a lo lejos, peregrinan apiñados, en oleadas, a rachas, cubiertos de musgo y sargazos, colonizados por los crustáceos. Vienen, flotan, empujados por las corrientes, en sumersión o cabalgando sobre las trombas, los tifones, la mansedumbre, cabecean y rozan el delta, saltan al malecón, a la bahía, encallan por los fondeaderos, quedan diseminados en los atolones y pantanosy saladeros. Vibrantes, mojados, defectuosos, impropios de su edad, difíciles, anacrónicos. Configuran una mezcolanza turbia, ecléctica, anticuada y futurista a la vez, inteligible para el maestro lector. Los jeroglíficos y pictogramas y ábacos se acumulan por los pasadizos, y las recámaras y los sótanos, atiborrados, el santuario. Son hojas sueltas, páginas disueltas, cartulinas bastas, cartón corrugado, cartoné, códices desguañangados, misivas que perdieron su hálito romántico, cartas plomadas, cédulas condales, guías e informes, bulas, trípticos, dípticos, pragmáticas y albaranes y folletos y encomiendas irritantes. Químicamente,

es papel, calco, lija, moneda, higiénico, de vitela, verjurado, absorbente, térmico, de estaño; navega, toma tierra en cada avalancha, o aluvión, o escorrentía, y, en otro momento, unas manos analfabetas recogen, sin inspiración ni vehemencia, los emblemas e infolios y tesauros y libretas.

Nahui, tras agavillar puñados de hastío, levanta el brazo entre los cosecheros, agita el testigo, como si fuese un estandarte triunfal, atrae la atención del faraute, que se aproxima a recoger el hojaldre. En ese intermedio, el temporero cede a la curiosidad, mira con pulcritud las lonchas laminadas, decrépitas, pervertidas por el cieno, la humedad y los insectos; recubiertas por hilazas de embriones larvarios machucados y espigas diminutas, examina los renglones como cenefas, iguales unas a otras, a sí mismas, con motivos engarzados mediante florituras y retorcimientos y palotes cuya semántica puede ser desentrañada por hermenéutas y sabedores. Aunque la suerte sea cambiante, la sibila que murió durante el esfuerzo visionario, alcanzó a decir que un humilde aprenderá a interpretar vocablos, después frases enteras, refranes, proverbios y sentencias lapidarias, hasta comprender que el albur es traicionero y el tesón necesario a toda industria con que manufacturar la mercadería simple de la felicidad.

Efraín Malaspina, exégeta, librero y tocado por el mal de amores, en un lugar llamado Aldén o Alden o Iris, recibirá el florilegio robado, dentro del cartapacio cuya portada permite anotar sus conclusiones personales acerca del contenido, indexa o lista el inventario, acuarelas goyescas, garabatos cervantinos, oraciones renacentistas, planos aerodinámicos, métricas asonantes, itinerarios náuticos, trazados entre garabatos y caligrafías que los rigores físicos han desleído. Bajo la lupa aparecen grafías, ideogramas, símbolos embebidos en la densidad y la textura del papel apergaminado y las cuartillas finas y los pliegos populares. Antaño, fueron cosidos, recosidos, encuadernados, usaron sedas suntuosas, cendales y terciopelo, entre forros de guadamecés y cachemir, con ribetes de relojero, elaborados, pacientes los pespuntos y las tachuelas de latón, para jalonar siete vueltas en la escarapela, siete figuraciones geométricas, siete engastes bajo piedras preciosas esmeralda, berilo y turquesa, sobre delgadas láminas, guarnecidas con marfil y amatista, jade y aguamarina, que atrapan la luz de espalto del atardecer en los barnices artesanos, untados con parsimonia con la única

pretensión de embellecer laboriosas jitanjáforas. Enjorcan incunables, brevariarios, ediciones con repujados florentinos que maridan minúsculos retorcimientos lauráceos y florituras similares a jazmines y bodoques y filigranas trenzadas hasta delinear la forma visual del ácido desoxirribonucleico y los biopolímeros, ordenados en epígrafes y gigantescos elucidarios y volúmenes de una biblioteca delirante, que nadie recuerda como cierta ni conoce a terceras personas capaces de confirmar o desmentir si existió en verdad, como propugna el dramaturgo Ed Amendola, a través de varios apuntes marginales añadidos a un borrador literario que su propio cadáver dejó inconcluso; el Preste Juan, lo compara con el espejo mágico traído por los Reyes Magos de Oriente, dilapidó su fortuna en busca del tiempo perdido, engolosinado por la facilidad de mirar un cristal y ver todas las provincias y reinos y mundos existentes; Atanasio, el Ávido, persiguió el Dorado, la Atlántida y la biblioteca infinita del pulcro relojero, Borges, como muchos otros viajeros, archivistas, bibliófilos, anticuarios, documentalistas, reporteros y alquimistas.

Esporádicamente, cumple el horario, participa del alma colectiva, obedece los mandatos, se muestra respetuoso, incluso, cordial, completa las asignaciones hasta el mediodía. Empero, son más frecuente sus reacciones explosivas, verlo discutir a gritos, exaltado, ofendido, desprovisto de honor y méritos, para terminar errático por los manglares, llevando a cuestras el marasmo del rencor atrasado, sintiéndose cada vez más solo consigo mismo, más enclaustrado en un poblacho sin porvenir, masticando las hojas de su propia rabia, machuca a pisotones el sembradío de amapolas, nota la presión agolpada en las sienas, que late al compás irregular de un corazón salvaje. Ve el mundo como un blanquizal ensombrecido y atigrado por tonalidades grises. La vida es sueño, pensó o recordó haber pensado, apenas entonces un bullicio de tizones alborota sus visceras, sus pensamientos se vuelven tumultuosos, sin cohesión ni refrendo, atrapa una entropía, solo dice: Está escrito, un Borbón reinará in seculá. A esas alturas de su desarrollo educativo, no sabe qué será ni quién o qué reinará qué o a quienes o dónde ni durante cuánto o hasta cuándo durará la discordia entre tribus o cuál es la longevidad expresada en novilunios o cuántas lunaciones representan la longevidad del baobab.

Respira intentando desenredarse de sí mismo. Cogitabundo. Extraviado para siempre en la ciénaga, analiza su biología equívoca. Dice soy Nahui, un hombre, soy Yupanqui, una mujer, soy Eréndira dentro de Ñamandú, soy un cuerpo atrapado en unas circunstancias y no me pertenecen; contrapone, sin resignación, el estilo de vida con el modelo que había imaginado durante las zozobras del insomnio: pleno, carente de mezquindades, prolífico, ferviente, sin censuras, sin límites, espoleado por los relatos del polímata itinerante Pachacutith o el vetusto transportador consejero, Atahualpa.

Así, pues, por razones somáticas, la realidad se despinta, Nahui pierde la percepción, quiere dejar todo, el idealismo, los paraísos verdecidos en las nevaduras ficticias, el infierno dentro de la realidad, correr, encontrar flores frescas, impregnadas con el hálito que desprende Irepane, gritarle que morirán, que los recuerdos son saetas, hincha los carrillos para dar cabida a los manojos de dalias y margaritas en una boca ávida de antófago, a cada mordisco olvida el interés por convertirse en un druida omnisciente, o un incansable magister zahorí, o en el jugador de pelota más arrollador, rápido y certero de las cinco ligas, el campeonato confederado, las dos liguillas históricas y el duelo de titanes. Ha comprendido el problema, en su totalidad. Solo cuando intenta ahorrarse la melancolía, consigue un efecto contrario, lacerante, obsesivo, mira lo que fuimos, lo que perdimos y sobre todas las cosas, recuerda aquello que nunca volveremos a ser, mi amor increado.